

currir con él. El lenguaje es el más alto y en cualquier lugar el más importante de esos asentimientos que nosotros, seres humanos, nunca podremos articular únicamente a partir de nuestros propios medios.<sup>1-</sup>

¡Que difícil es, como autor e incluso como lector, entregarnos al lenguaje con olvido de nuestro propio decir! Dejarnos llevar por su imperio y sumergirnos en el anonadamiento de nuestro yo. A veces, solo a veces, la poesía nos lleva de la mano a ese no decir nuestro, para conducirnos a la transparente región en la que las palabras se disuelven en el milagro del habla que se torna en silencio.

*Este otro dilema* titula Nacho Díaz a su poemario, a unos versos que han encontrado la dicha de decir:

La palabra se tumba tranquila  
en el jardín  
antiguo,  
anuncia el fin del tiempo;  
tú, y detrás la casa noble.

¿Puede la poesía llevarnos al grado cero de la escritura? Algo así escribió Roland Barthes que ocurría en la poesía moderna, ese lugar grávido de todas las especificaciones pasadas y futuras.

La lectura del dilema al que nuestro autor nos conduce me ha reconciliado, de nuevo, con la palabra poética; aquella que nos alumbra cuando los dioses hablan.

José Manuel Cabra de Luna

---

1.- La traducción del texto de Heidegger es de Adolfo Castañón.

## ESTE OTRO DILEMA



El verano se atiene así a su contrato

B. BUNTING

I

**NAVEGACIÓN A MARTA SALINA**



you strike my side by accident.

Esto ocurrió,  
como racimo de genitales muertos,  
como sábana seca de la primera vez,  
como voces de túnel que confunden  
los ecos de palabras sin sentido.  
Yo conocí a una Marta de veinticuatro años:  
atraviesa su aliento el accidente  
que le hiere el destino.  
Un océano antiguo con mis dudas  
gira despacio, no hay norte ni virgen,  
hay algo de esta historia que sube por calles de plomo.  
En Venus duermen los condecorados  
mientras la tierra no contesta los mensajes.  
El sindicato de guapos del mundo  
decide con quién bailan las estrellas;  
los satélites sueñan con ser Marta Salina,  
Marta Salina con la curva alta  
imán del batallón de los muchachos.  
No hubo término medio de fortuna,

escribe recto el tiempo.  
Decidiste subir, Marta,  
a disfrutar del miedo en cada instante.  
Las titas encantadas del negocio,  
fiesta para lucir la condición;  
un joven dios con ojos de metal  
–alto–  
la suerte de tener clase desde primero.  
Construidos con vientos transparentes del Sur  
se reconocen los iguales.

Antes de la visita de la quiebra  
vivía con mi madre y con un perro,  
el nerviosismo moteado de mi perro;  
Ella soplabá un viento limpio  
en el motor del coche de pedales  
con el número 3.  
Y aprendí a no ganar.  
Sudó ebria, jeringa de torpeza,  
se rompe sin querer el cristal de nieve;  
no fue el dolor –lo conocía–  
sólo perdí las tardes que tapaban  
la vergüenza de no ser como ellos.  
Queda la voz que aún me cubre.  
Tuvimos que marchar de casa,  
Golfo,  
no paraba, lo dimos,  
y otra Ella –mujer fuerte y segura–  
no quiso contestar más golpes en su vida.  
Cada tarde desde 1941, pasada la media tarde,  
sentada en el balcón  
tomaba en una taza de metal de color rojo

café negro y claro con pan un poco duro;  
mejor que arrastrar células por fango transparente.  
No sabía leer, pero sabía contar,  
hablaba con su Dios, y a veces sola.  
Sé que tengo sus ojos y también su valor.  
Doce años de motes.  
Una mañana de pedernal  
un buen hombre mandó una redacción  
y yo conté que había visto un río,  
puente de piedra y plantas en la orilla;  
sonriendo, me dijo que la leyera en pie.  
La ausencia vertical no dejó sombra,  
calentaba los días el sol–cénit;  
la ausencia vertical –ahora presente–  
crece y pide lo suyo.

Ciego de luz vestida de pestañas,  
lunas de cristal verde que imagino  
cerrarse de placer,  
sigo habitante de tus valles, Marta,  
de tus valles de carne tallados a mano;  
dispones la melena como un sable  
que apunta sin medir.  
Nunca te decidiste, calculabas  
distancias con la boca,  
alguna noche con los brazos;  
me reñías con ángel: “eres el más paciente”.  
No renuncié a perder, será que tengo  
facilidad, mis retiradas son  
tristes, pero no oscuras,  
húmedas de saliva y sin ninguna lágrima.